

La inserción laboral de las mujeres de sectores populares en Argentina: sobre características objetivas y vivencias subjetivas¹

Ariela Micha

Doctoranda por la Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, Argentina
amicha@ungs.edu.ar

Francisca Pereyra

Profesora Doctora en la Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, Argentina
fpereyra@ungs.edu.ar

Resumen

Tal como ha sido documentado por la literatura, los patrones de segregación según nivel socioeconómico y género en el mercado de trabajo argentino (así como en la región en general) muestran una marcada persistencia. En efecto, si la tasa de participación laboral femenina todavía es sustancialmente menor que la masculina, son las mujeres de bajos ingresos las que exhiben los niveles de inserción más bajos, con condiciones laborales más precarias y horizontes ocupacionales sustancialmente acotados. En este marco, el presente artículo se propone ahondar en el conocimiento de la situación laboral reciente de este segmento poblacional en base a un abordaje de tipo cuanti-cualitativo. Por un lado, a partir de datos estadísticos, se brindará un panorama respecto a las principales características que asume la inserción laboral

1 El presente artículo se enmarca dentro de dos proyectos de investigación más amplios que se ubican en la intersección del mercado laboral y el género: Proyecto PICT 1403-2016 “Las decisiones, estrategias y experiencias laborales de las mujeres de sectores populares. Un estudio exploratorio en el AMBA”, con sede en el Área de Sociología del Instituto de Ciencias de la Universidad Nacional de General Sarmiento y financiado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica Argentina. Proyecto PIO 201-40100015-CO “Políticas públicas y el desempeño laboral y social de la Argentina en los 2000, con énfasis en la temática de género”, con sede en el Área de Economía del Instituto de Ciencias de la Universidad Nacional de General Sarmiento y financiado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

de estas mujeres. Por otro lado, se buscará explorar la dimensión subjetiva de la participación laboral de estas trabajadoras. Así, se indagará sobre: las percepciones de estas mujeres en torno al limitado abanico de opciones laborales disponibles – identificando los parámetros utilizados para evaluar sus restringidas alternativas; el significado que asignan a la experiencia del trabajo remunerado – prestando particular atención al rol que juega su intersección con el trabajo doméstico y de cuidado; y las expectativas a futuro en términos laborales – teniendo en cuenta las oportunidades y los obstáculos que se presentan para alcanzarlas.

Palabras clave: Desigualdades, genero, mercado de trabajo, mujeres de sectores populares, Argentina.

Introducción

La discriminación que sufren las mujeres en el mercado de trabajo ocurre tanto por las mayores dificultades que enfrentan para insertarse laboralmente que los varones, como por las características de su inserción laboral y los procesos de segregación en el empleo. En general, las mujeres se encuentran sobre-representadas en trabajos informales y precarios, y experimentan diferencias salariales que no pueden explicarse en términos de productividad, educación y calificaciones laborales (Espino, 2012). En consecuencia, el mercado de trabajo es un espacio reproductor de las relaciones asimétricas entre varones y mujeres (Pérez Orozco, 2012).

Al respecto, los estudios sobre género y mercado de trabajo apuntan a que las características de la desigual participación laboral entre varones y mujeres se encuentran estrechamente relacionadas con las responsabilidades de cuidado socialmente asignadas a las mujeres, lo que repercute en posibilidades desiguales de elegir, y últimamente incide en los resultados obtenidos en términos de bienestar y de autonomía personal (Espino, 2012).

En este sentido, por un lado, como ha sido ampliamente documentado por la literatura, persisten importantes desigualdades de género en el mercado de trabajo. Los avances de las mujeres en este campo han sido insuficientes para cerrar la brecha con los varones en la mayoría de las variables laborales, como los salarios, el empleo y la participación, y la estructura ocupacional sigue presentando una fuerte segregación vertical y horizontal por género (Contartese y Maceira, 2005; Castillo et al., 2008; Gasparini y Marchionni, 2015). Estas inequidades, además, se ven reforzadas en sociedades donde una gran proporción de la población ocupada lo está en condiciones precarias o de manera no registrada, y dentro de la cual las mujeres están sobre-representadas en el extremo inferior del espectro de la economía informal (Lupica, 2010; Esquivel, 2012).

Por otro lado, las desigualdades de género se imbrican con las desigualdades de clase: en general, las dificultades para participar del mercado laboral y la segmentación ocupacional son fenómenos que afectan en mayor medida a las mujeres de menores recursos (Barrancos y Goren, 2002; Valenzuela, 2003). Por lo tanto, el estudio de las

particularidades de la inserción laboral de las mujeres de sectores populares² cobra especial relevancia.

Los trabajos que estudiaron las problemáticas específicas que enfrentan las mujeres de sectores populares en sus inserciones laborales han insistido en las interrelaciones entre género, trabajo y pobreza (Gallart et al., 1992; Valenzuela, 2003), destacando su menor y más intermitente participación en comparación con las mujeres de más altos ingresos. En efecto, las mujeres pobres son las que enfrentan los obstáculos y exclusiones más significativas en el ámbito laboral. Porque los condicionantes que imponen las responsabilidades domésticas y de cuidado sobre su participación laboral operan con mayor intensidad, ya que dependen fuertemente de servicios públicos de cuidado de escasa cobertura y altamente fragmentados (ILO, 2018). Además, influyen los bajos niveles de calificación, que en conjunción con las restricciones que impone el cuidado, tienen un peso central en la delimitación del conjunto de ocupaciones disponibles, el cual resulta particularmente acotado y precario (Barrancos y Goren, 2002; Lupica, 2010).

En este marco, este artículo focaliza en la situación laboral reciente de las mujeres de sectores populares en Argentina. El objetivo es ahondar en el conocimiento de las características de la participación laboral de este segmento poblacional en base a un abordaje de tipo cuanti-cualitativo.

Por un lado, a partir de datos estadísticos, se brindará un panorama respecto a las tendencias recientes de participación laboral, empleo y desempleo de varones y mujeres, para luego profundizar en las principales características que asume la inserción laboral del segmento de mujeres de nivel socio-económico bajo.

Por otro lado, se buscará explorar la dimensión *subjetiva* de la participación laboral de estas trabajadoras. Así, se indagará sobre: a) las percepciones de estas mujeres en torno al limitado abanico de opciones laborales disponibles (identificando los parámetros utilizados para evaluar sus restringidas alternativas); b) el significado que asignan a la experiencia del trabajo remunerado (prestando particular atención al rol que juega su intersección con el trabajo doméstico y de cuidado); y c) las expectativas a futuro en términos laborales (teniendo en cuenta las oportunidades y los obstáculos que se presentan para alcanzarlas).

Metodología

En lo que atañe al *análisis cuantitativo*, se trata de un abordaje de tipo descriptivo a partir del procesamiento de microdatos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) argentina. El periodo de análisis para el estudio de tendencias de empleo, desempleo y participación abarca desde el año 2004 hasta el último período de información disponible: cuarto trimestre de 2017. Por otro lado, para el abordaje específico de las características

2 Se utiliza el término “mujeres de sectores populares” para referir a mujeres vulnerables o mujeres en situación de pobreza. Se lo utiliza como término polisémico, con el fin de abarcar las distintas formas que la literatura se ha aproximado a la definición de las mujeres de nivel socio-económico bajo.

laborales de las mujeres de sectores populares se utilizó el segundo trimestre de 2016, a fin de aproximar el análisis cuantitativo al período de relevamiento del trabajo de campo. El criterio adoptado para clasificar a los hogares según su Nivel Socio-Económico (NSE) tuvo que ver con el máximo nivel educativo alcanzado por el Principal Sostén Económico del Hogar.³

Con respecto al *abordaje cualitativo*, este se basa en un trabajo de campo llevado a cabo en el ámbito del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) entre diciembre de 2014 y noviembre de 2016. El AMBA está compuesta por localidades y barrios de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) y de su conurbación sobre la provincia de Buenos Aires (conurbano), y es la concentración urbana de mayor densidad del país: aglutina alrededor del 30% de la población total (INDEC, 2012, p. 62).

Se realizaron 40 entrevistas en profundidad y una entrevista grupal a mujeres de sectores populares⁴ en 10 barrios del AMBA, caracterizados por el predominio de población en situación de pobreza y distintos grados de deficiencia en términos de infraestructura urbana.

Mujeres de sectores populares en y frente al mercado de trabajo: una primera aproximación cuantitativa

Algunos comentarios sobre la participación laboral femenina y su evolución reciente

Este primer apartado se propone contextualizar el tema de la inserción laboral femenina de sectores populares, fenómeno que se abordará en las secciones subsiguientes. Una primera observación sobre las tasas de actividad, empleo y desempleo evidencia, una vez más, que la participación laboral de los varones es sistemáticamente más elevada que la de las mujeres y que no presenta variaciones significativas por estrato social (Gráficos 1

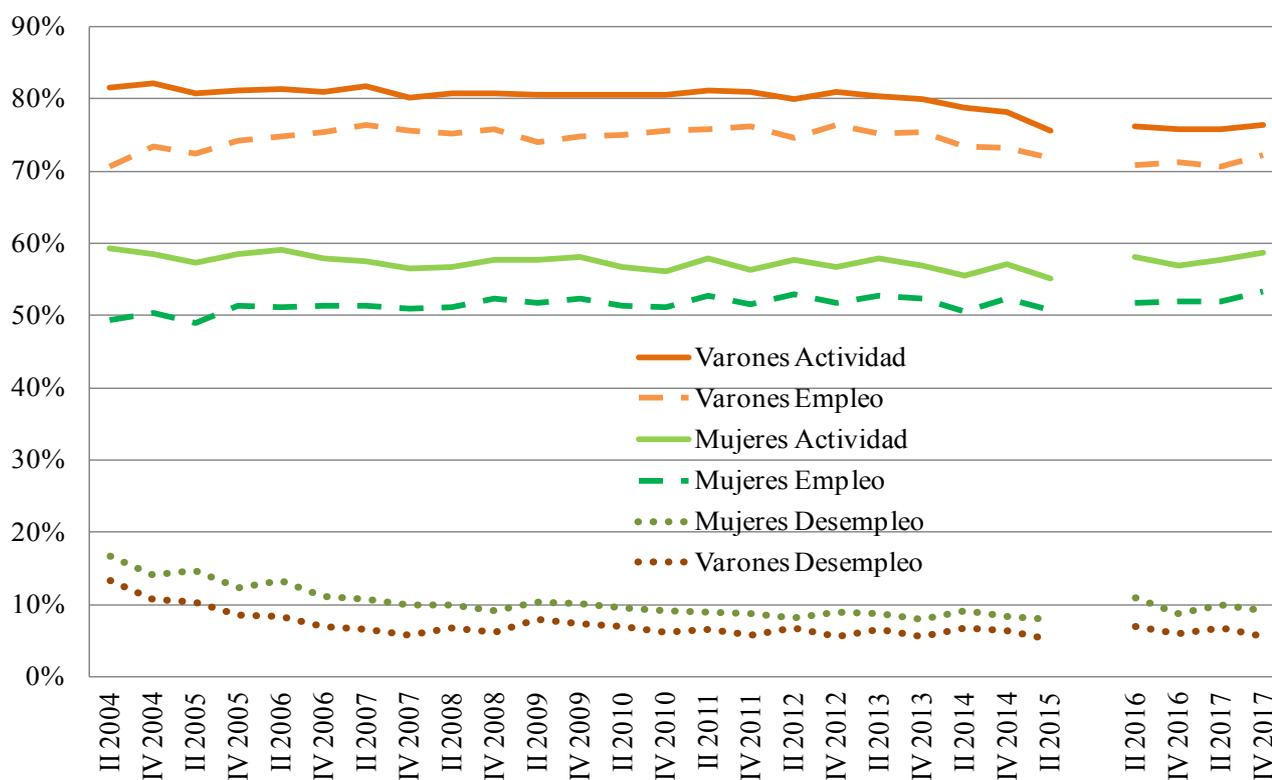
3 La elección de una variable educativa para estratificar los hogares obedeció a la decisión de evitar variables asociadas con los ingresos puesto que estas presentarían una correlación directa con otras variables que serán objeto de análisis (particularmente variables asociadas a la participación laboral de estas mujeres), y de esta manera evitar una clasificación que termine resultando “tautológica”. Los cortes adoptados para clasificar a los hogares en base al máximo nivel educativo del principal sostén económico del hogar fueron: hasta primaria completa (“NSE Bajo”), secundaria incompleta o completa (“NSE Medio”) y terciario o universitario incompleto o completo (“NSE Alto”). La decisión relativa a los puntos de corte tuvo que ver con la constatación de que las mujeres dentro de los diferentes estratos presentaran grados de correlación esperables con ciertas características socio-demográficas, laborales y económicas típicas de cada nivel socio-económico.

4 Para la selección de las entrevistadas se buscó que cumplieran con ciertas características, que construyen perfiles socio-económicos relevantes a los fines de la investigación. En este sentido, se entrevistó a mujeres en edad activa (entre 15 a 60 años), con al menos un hijo menor de 18 años, de nivel educativo bajo y medio-bajo (hasta secundaria incompleta) y para las ocupadas, se buscó que el nivel de calificación de la ocupación fuera bajo (que no demandaran calificaciones o saberes específicos o bien que estos se adquirieran en el propio puesto de trabajo).

y 2).⁵ Entre las mujeres, en cambio, el estrato social de pertenencia determina diferencias sustantivas: la tasa de actividad (así como la de empleo) tiende a aumentar a medida que se incrementa el nivel socio-económico de los hogares de pertenencia. El desempleo, al igual que sucede entre los varones, afecta en mayor medida a quienes forman parte de los hogares más vulnerables (Gráfico 3).

Respecto a las tendencias de largo plazo, en el periodo 2004-2015⁶ se puede observar que, tanto en el caso de las mujeres como de los varones, mientras las tasas de actividad se deprecian levemente, las de empleo se incrementan con moderación, al tiempo que descienden significativamente las tasas de desempleo.

Gráfico 1 - Tasas de actividad, empleo y desempleo, mujeres 15-60 años y varones 15-65 años. Total aglomerados urbanos. II2004 - IV2017

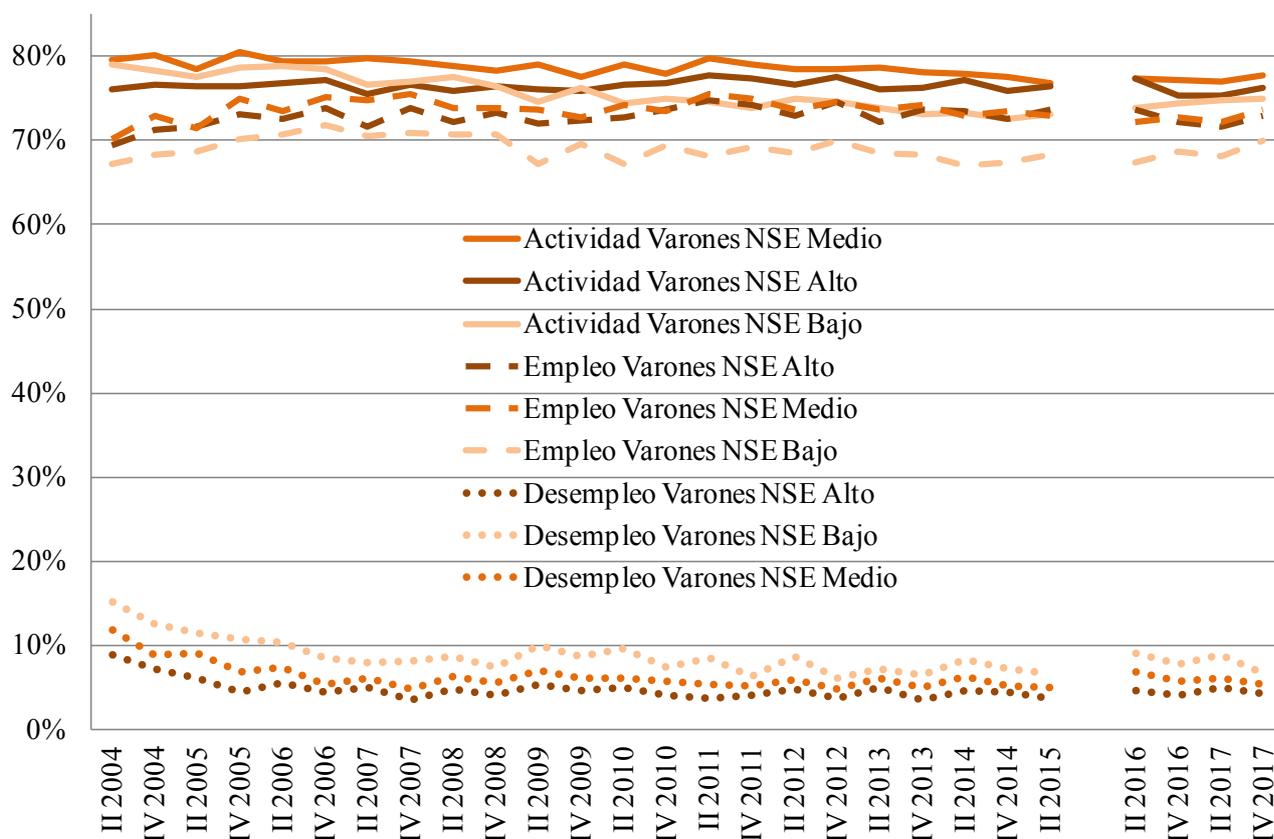


Fuente: Elaboración propia en base a EPH-INDEC.

5 Con excepción de una tasa de actividad y empleo levemente más deprimida entre los varones del estrato más bajo.

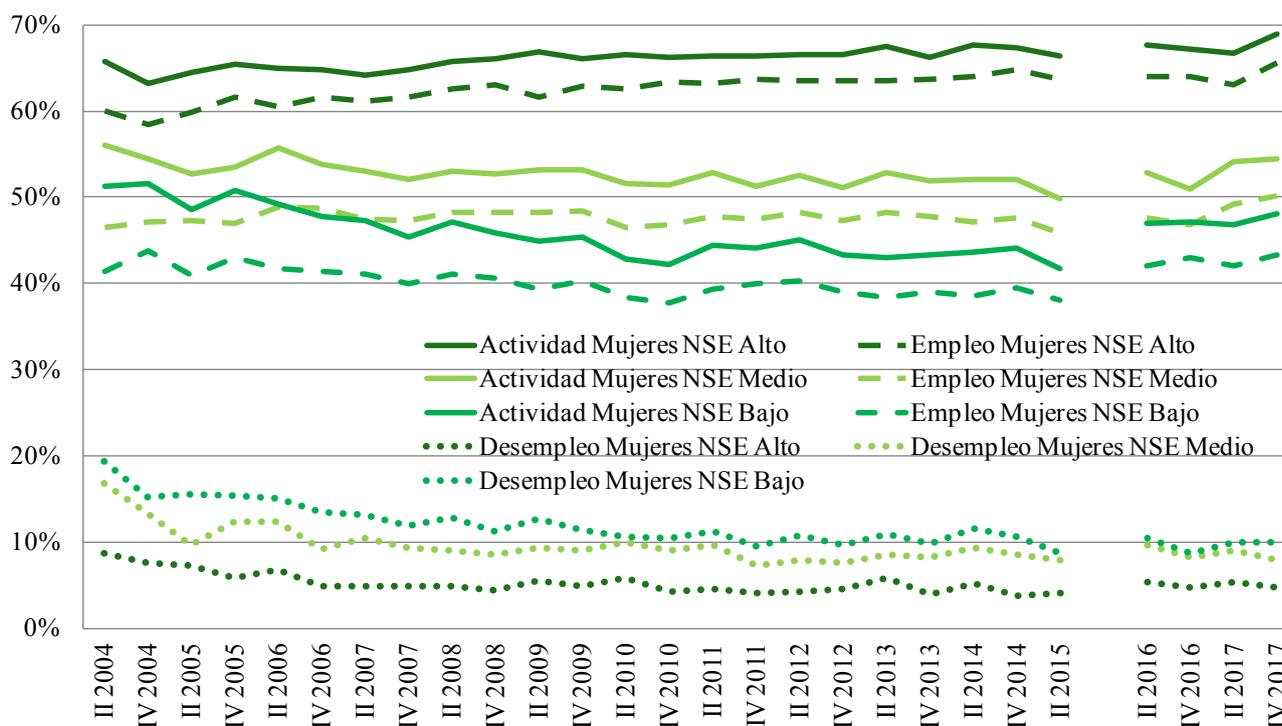
6 Vale aclarar que la interrupción en las líneas de tendencia a partir del 2015 obedecen al hecho de que el relevamiento de la EPH se discontinuó entre el segundo trimestre de 2015 y el segundo trimestre de 2016. Esta interrupción en el relevamiento y difusión de las estadísticas públicas se debe al cambio en la dirección técnica del organismo impulsado por la nueva gestión que asumió el gobierno en el 2016. La misma incluyó una revisión metodológica de la EPH, que derivó en algunos cambios muestrales. Por ello, las comparaciones con los datos del periodo anterior se presentan con cautela, y más bien se comparan las tendencias de variación de las tasas entre un periodo y otro.

Gráfico 2 - Varones 15-65 años: tasas de actividad, empleo y desempleo, según NSE. Total aglomerados urbanos. II2004 - IV2017



Fuente: Elaboración propia en base a EPH-INDEC.

Gráfico 3 - Mujeres 15-60 años: tasas de actividad, empleo y desempleo, según NSE. Total aglomerados urbanos. II2004 - IV2017



Fuente: Elaboración propia en base a EPH-INDEC.

Tal como ya señalaran estudios previos (Trajtemberg, 2010; Gasparini y Marchionni, 2015; Beccaria, Maurizio y Vázquez, 2017), cualquiera sea la forma de aproximarse/operacionalizar al segmento poblacional de las mujeres de sectores populares, se observa *hasta el año 2015* una caída en su tasa de actividad. En base al presente análisis, la caída se constata para el NSE Bajo y, en menor medida, en el NSE Medio (Gráfico 3). La caída observada en el NSE Bajo, además de ser más pronunciada, parte de niveles de participación muy magros. En este sentido, la tendencia que se observa durante este periodo resulta llamativa en tanto se corresponde con un ciclo macroeconómico de recuperación. Si bien no es objeto de esta primera aproximación tratar este punto particular, algunas hipótesis preliminares señalan que entre los factores que habrían contribuido al quiebre de tendencia de la tasa de participación femenina del estrato más bajo durante los 2000s, tendría cierto rol el crecimiento de las transferencias estatales que, junto con las mejores perspectivas laborales e incremento de los ingresos masculinos, permitió la retirada de cierto segmento de mujeres del mercado laboral (Cortés, 2015; Gasparini y Marchionni, 2015).⁷ Sin embargo, más allá de las hipótesis barajadas para explicar este fenómeno, los resultados aún no son concluyentes (ver también Beccaria, Maurizio y Vázquez, 2017 y Gasparini y Gluzmann, 2015).

En cuanto a las primeras mediciones disponibles de los años 2016 y 2017, y en coincidencia con la apertura de un nuevo ciclo político y macroeconómico –caracterizado por sucesivas medidas de ajuste y caída del poder adquisitivo de los ingresos – muestran cierto cambio de tendencia de la tasa de actividad femenina total y del estrato más bajo, las cuales estarían iniciando un sendero de crecimiento durante este corto período (Gráficos 1 y 3). Si bien el mismo podría leerse como el regreso de la estrategia del “trabajador adicional” en un contexto económico adverso, se trata de un fenómeno incipiente cuya evolución debe seguirse de cerca.

Las características de la participación laboral de las mujeres de sectores populares Una vez comentadas las tendencias recientes dentro de las que se inscribe la situación laboral de las mujeres bajo análisis, interesa concentrarnos aquí en algunas de las principales características de su participación laboral – y la manera en que difiere de sus pares mejor posicionadas.⁸

Un primer comentario tiene que ver con algunas particularidades relativas al perfil socio-demográfico de esta población. Se trata de mujeres con niveles educativos bajos:

7 Este tipo de interpretación combina la acreditada hipótesis del “efecto trabajador adicional” (a la inversa) con la hipótesis del desincentivo a la participación por las transferencias monetarias. En la década de los ‘90, la caída del empleo masculino fue acompañada por un fuerte incremento contracíclico de la tasa de actividad femenina, comportamiento que fue interpretado por diversos autores como el “efecto trabajador adicional”, dado el rol de las mujeres como “stock de reserva”. En esa década el incremento de la actividad femenina se tradujo en empleos precarios y en un incremento de las tasas de desocupación y subempleo femenino (Trajtemberg, 2010; Cortés, 2015).

8 Cabe volver a señalar que el universo de análisis lo constituyen las mujeres en edad activa y que se eligió el segundo trimestre de 2016 como período de análisis por las razones esbozadas previamente respecto a la compatibilidad con el trabajo de campo.

la mitad no llegó a completar el nivel secundario. Asimismo, suelen habitar en mayor medida que el resto de las mujeres consideradas en hogares extendidos, un patrón típico de los sectores populares ante las dificultades de los más jóvenes para lograr independencia económica y acceso a la vivienda propia. Por esta misma razón, constituyen una población relativamente más joven que sus contrapartes de mayor NSE (casi un tercio no supera los 24 años, frente a un quinto en el caso de las mujeres de hogares mejor posicionados), y en cuanto a la posición en el hogar, se observa una mayor presencia relativa de hijas y nietas en relación con los otros estratos.

Dado el peso de la inactividad en este segmento poblacional, se comentan algunas características que la EPH permite identificar respecto a las mujeres que no participan del mercado laboral. A diferencia de lo que sucede con la inactividad entre las mujeres de mayor NSE, que se concentra en edades tempranas y se relaciona con la mayor presencia de estudiantes⁹, en el NSE Bajo este fenómeno se concentra en edades más avanzadas. La mitad de las mujeres inactivas de este estrato se define como “amas de casa” – una proporción que desciende a un tercio entre sus contrapartes de NSE Alto.¹⁰

En esta misma línea, y en el caso de las *mujeres ocupadas*, resulta interesante señalar que, si bien en todos los estratos las trabajadoras tienden a concentrarse en la categoría de edad de “40 años y más”, el subgrupo que pertenece al NSE Alto exhibe mayores probabilidades que el resto (y en particular que las mujeres de NSE Bajo) de participar en el mercado laboral en el tramo de edad donde los eventos reproductivos tienden a concentrarse¹¹. Esta estructura relativamente más “envejecida” de las ocupadas de NSE Bajo tiene su fuente en las particulares dificultades que enfrentan las mujeres de este estrato para compatibilizar cuidado y trabajo remunerado durante la edad reproductiva; fenómeno que será abordado en profundidad en la sección subsiguiente.

Es interesante señalar que la cantidad promedio de horas trabajadas en la ocupación principal en los diferentes estratos no presenta grandes variaciones,¹² ubicándose en torno a las 30 horas semanales en todos los casos¹³. No obstante, entre las ocupadas del estrato Bajo la subocupación demandante¹⁴ representa a casi un cuarto de estas mujeres (mientras que para las trabajadoras del NSE Alto solo alcanza al 14%). La situación resulta

9 Las que se definen como estudiantes en el estrato más alto representan más de la mitad de quienes no trabajan ni buscan hacerlo.

10 El resto de las inactivas de NSE Bajo se distribuye entre estudiantes (que si bien son relativamente menos que en los sectores altos, constituyen una porción no desdeñable, de cerca del 30%), y pensionadas (12%).

11 Definido aquí como el que va entre los 25 a 39 años.

12 Tampoco se observan variaciones significativas sumando otras ocupaciones adicionales que pudieran tener las encuestadas.

13 Siempre sustancialmente menor que el promedio que exhiben los varones, de cerca de 42 horas semanales.

14 Ocupados que trabajan menos de 35 horas semanales por causas involuntarias, desean trabajar más horas y además están buscando activamente otra ocupación.

comprensible en tanto los ingresos totales promedio de la ocupación principal de las mujeres de NSE Bajo representan un tercio de lo que perciben sus pares de NSE Alto.

El Cuadro 1 a continuación presenta algunas características de la ocupación que suelen estar asociadas a mayores o menores niveles de precariedad. En primer lugar, si bien el trabajo asalariado predomina en todos los estratos, cuanto menor el NSE más se incrementa la participación del trabajo por cuenta propia – asociado a inserciones más inestables y menos protegidas. En la misma línea, si bien el trabajo en el sector privado prima entre las mujeres de todos los estratos, la inserción en el sector público (tradicionalmente asociado a mayores niveles de estabilidad) resulta más accesible para las mujeres de NSE Alto. Además, cuanto menor el NSE, las mujeres tienden a insertarse en establecimientos más pequeños,¹⁵ también asociados a mayores probabilidades de inestabilidad dada su mayor vulnerabilidad económica. Por último, si bien la mayoría de las trabajadoras de todos los estratos desarrolla sus actividades en algún tipo de establecimiento, oficina o local, entre las de menor NSE se observa una mayor proporción relativa de trabajadoras que realizan sus labores en lugares asociados a una mayor precariedad. Así, la proporción de trabajadoras de NSE Bajo que se desempeña en su propia vivienda, en el domicilio de los clientes o en la calle representa a casi un 20% de esta fuerza laboral – porcentaje que duplica el correspondiente al de las mujeres de NSE Alto.

Cuadro 1 – Características de la ocupación. Mujeres 15-60 años, según NSE. Total aglomerados urbanos. II2016

	NSE Bajo	NSE Medio	NSE Alto
Categoría ocupacional	100	100	100
Patrón/a	1.8%	1.3%	3.1%
Cuenta propia	19.4%	17.0%	12.7%
Obrera o asalariada	77.6%	81.1%	83.7%
Trabajadora familiar	1.3%	0.6%	0.5%
Sector de actividad	100	100	100
Sector público	13.3%	17.3%	34.0%
Sector Privado	84.9%	80.9%	64.8%
Otros	1.9%	1.8%	1.2%
Tamaño del establecimiento	100	100	100
Hasta 5 personas	52.8%	44.3%	25.8%
De 6 a 40 personas	25.9%	30.3%	33.2%
Más de 40 personas	21.3%	25.4%	41.0%

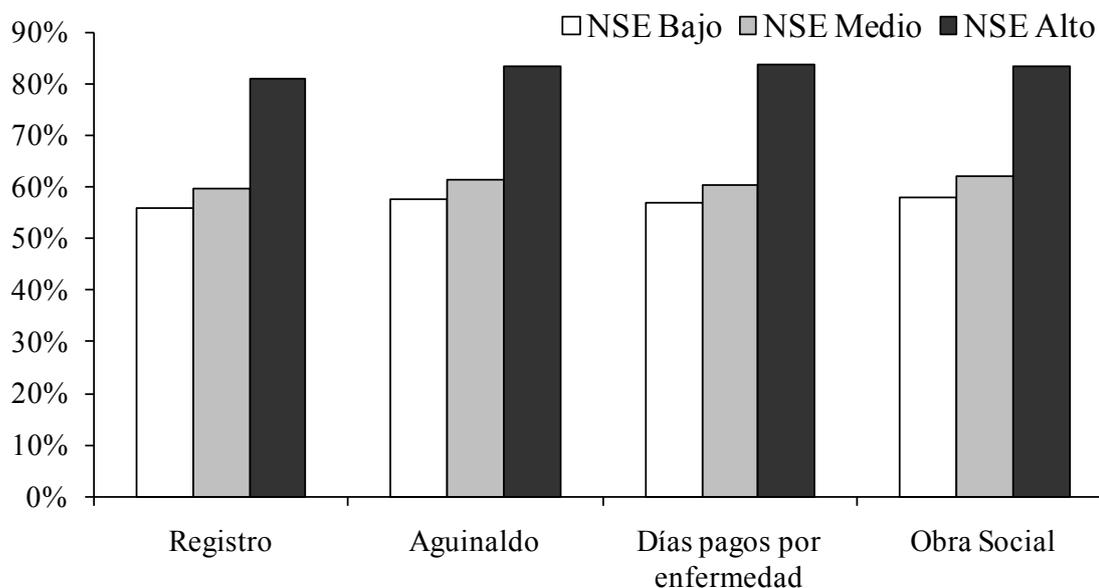
Fuente: Elaboración propia en base a EPH-INDEC.

En el caso específico de las ocupadas *asalariadas*, apenas algo más de la mitad de quienes se ubican en el NSE Bajo acceden al registro de la ocupación y sus beneficios

15 La EPH excluye de este cálculo a las trabajadoras domésticas.

asociados (aguinaldo, vacaciones pagas, días por enfermedad y obra social¹⁶), mientras que entre las trabajadoras de NSE Alto más del 80% goza de estos derechos:

Gráfico 4 - Acceso al registro y beneficios asociados. Mujeres asalariadas 15-60 años, según NSE. Total aglomerados urbanos. II2016



Fuente: Elaboración propia en base a EPH-INDEC.

Ahora bien ¿de qué trabajan estas mujeres? La ocupación que más trabajadoras del NSE Bajo aglutina es el servicio doméstico (22%), caracterizado por sus bajos niveles de registro,¹⁷ sus magros salarios, altas tasas de rotación y escasa cantidad de horas trabajadas a la semana en comparación con otras ocupaciones (Pereyra, 2012; Pereyra y Tizziani, 2014). En línea con el carácter tradicional que reviste la realización remunerada de este tipo de labores entre las mujeres de sectores populares, también adquiere un peso importante la ocupación en servicios de limpieza no domésticos, principalmente mucamas en hoteles, hospitales y otros establecimientos (10%).

16 Las obras sociales son instituciones originalmente organizadas y gestionadas por distintos sindicatos de trabajadores, que se encargan de atender la salud de sus afiliados. Las mismas se financian con aportes patronales que son obligatorios y -de ser necesario - con aportes complementarios que puedan realizar los trabajadores. Si bien la cobertura del subsector público se plantea como universal su desfinanciamiento ha implicado que en general apunte a los sectores más carenciados. Por su parte, los seguros de salud privados suelen ser onerosos. Por esta razón, las obras sociales constituyen el subsector más importante en lo que atañe a la cobertura de salud de la población (PNUD, 2011).

17 El porcentaje de registro de estas trabajadoras rondaba el 25% para el segundo trimestre de 2016.

Gráfico 5 – Principales ocupaciones de las mujeres de NSE Bajo (15–60 años). Total aglomerados urbanos. II2016



Fuente: Elaboración propia en base a EPH-INDEC.¹⁸

El trabajo en ventas es otra fuente muy importante de empleo, que aglutina en total al 16% de estas trabajadoras. Dentro de este conjunto, las vendedoras por cuenta propia (en el propio domicilio, en un local o visitando las casas de los clientes) ocupan a algo más del 7% de estas mujeres, y un peso similar reviste la venta asalariada¹⁹. Es importante destacar que la venta ambulante/callejera se considera por separado y reviste un peso menor (aproximadamente 1,2% de estas trabajadoras).

En el cuarto lugar se encuentra el trabajo de la gestión administrativa (7%) – en general, empleadas con uso de computadoras e ingresadoras de datos. Por otro lado, las ocupaciones relacionadas con servicios de peluquería y estética conforman otro nicho laboral típico de este sector de la población (6,5%).

La ocupación que le sigue en importancia es una que requiere de calificación técnica para su desempeño: la docencia inicial y primaria que abarca a un 6% de estas ocupadas. Luego, algo más del 5% se aboca a ocupaciones de producción industrial y artesanal, entre las que la confección textil ocupa un lugar preponderante. Cabe aclarar, no obstante, que entre este tipo de trabajadoras, algo más de la mitad se desempeña en forma asalariada (en talleres de costura y confección) y el resto lo hace por cuenta propia (fundamentalmente costureras en sus domicilios).

Otra de las ocupaciones que permite distinguir la EPH y que reviste algún peso significativo son las trabajadoras gastronómicas asalariadas (3,2%), cocineras, camareras, mozas y ayudantes de cocina. Por último, se ubican las ocupaciones de la salud que no

18 Elaborado en base al código ocupacional que la EPH asigna a las y los ocupadas/os, según el Clasificador Nacional de Ocupaciones 2001. Dado que los datos para esta variable son extremadamente desagregados, se clasificaron las principales ocupaciones y se logró agrupar a casi el 80% de los casos.

19 Dentro de este universo cobra especial relevancia la venta de comestibles, aunque también se incluyen otros rubros como bijouterie, perfumería, artículos de limpieza y ropa.

exigen título universitario (2,4%), que abarcan fundamentalmente a la enfermería (de nivel técnico y auxiliar), el cuidado no calificado de adultos mayores y a las parteras.

Si bien a primera vista se trata de un universo sumamente fragmentado dado que se trata de una clasificación de *ocupaciones*, en términos de los grandes rubros generales podría afirmarse que los servicios de limpieza, los de estética, la venta en sus diferentes modalidades, el rubro textil y el gastronómico constituyen los nichos típicos de actividad de estas mujeres. Salvo las ocupaciones administrativas y las de ventas, el resto se inscribe dentro de lo que podría catalogarse como rubros típicamente femeninos, que constituyen una extensión de tareas y habilidades que son socialmente concebidas como “inherentes” a la condición femenina.

Adicionalmente, estas ocupaciones relacionadas con cualidades supuestamente femeninas se manifiestan en su versión menos calificada o profesionalizada. De hecho, casi el 80% de estas trabajadoras se desempeñan en ocupaciones que en la EPH se denominan de “calificación operativa” – que no requieren de estudios sino de ciertas habilidades que se desarrollan en el puesto de trabajo – o “no calificadas” – que no requieren de conocimientos o habilidades específicos. Las excepciones más salientes en términos de la calificación requerida las constituye el reducido grupo de mujeres del estrato bajo que se desempeña en la docencia inicial y en la enfermería de nivel técnico.

La dimensión *subjetiva* de la participación laboral de las mujeres de sectores populares

La configuración de las inserciones laborales “posibles” y los parámetros para evaluarlas

Un primer panorama sobre el tipo de inserción laboral de las entrevistadas que se encontraban ocupadas al momento de la entrevista muestra una significativa correlación de sus relatos con los datos cuantitativos expuestos arriba. En efecto, el tipo de ocupación que predomina es el trabajo asalariado no registrado, que puede darse en el servicio doméstico pero también en diversos tipos de comercios, por ejemplo kioskos y restaurantes. También se observa la presencia del empleo fabril, particularmente en talleres de costura. Por último, un puñado de mujeres son beneficiarias de planes de empleo públicos, un tema sobre el que se volverá más adelante. Un escenario muy similar se advierte al consultar sobre las opciones laborales que barajan las entrevistadas que no se encuentran insertas en el mercado de trabajo al momento de la entrevista, cuando aluden a sus ocupaciones pasadas así como a las que imaginan como “posibles” (“Siempre cuidaba así a algún vecino, siempre trabajé de niñera y limpieza”; “trabajé de todo: en costura, en verdulerías, todo en negro”).

Si bien el abanico de opciones laborales es limitado, ello no impide que las entrevistadas movilicen diferentes elementos para evaluarlas y diferenciarlas.

De manera previsible, el tema de la extensión horaria del trabajo adquiere centralidad en las valoraciones de los distintos tipos de inserción. En efecto, se trata de una población con altas cargas de cuidado infantil en un contexto donde los servicios públicos ofrecen escasa cobertura y sólo permiten delegar la tarea por muy pocas horas. Así, las inserciones laborales a medio tiempo suelen ser las más buscadas y, muchas veces, las únicas factibles.

Cuando se trata de jornadas laborales extensas – características por ejemplo de los trabajos relacionados con la venta y atención al público a los que suelen acceder estas mujeres – los relatos dejan entrever serias dificultades para sostenerlas:

“Porque en el local de vendedora trabajaba desde las 9 [de la mañana] hasta las 9 [de la noche]. Y [...] me pagaba muy poco [...] por eso dejé de trabajar” (Evelyn, 23 años, cónyuge, 1 hijo de 2 años. Desocupada).

“De trabajar quiero trabajar ahora, [...] vi trabajos que necesitan chicas y vendedoras, pero son muchas horas y son de lunes a lunes, y yo quisiera conseguir un trabajo que sea de lunes a viernes y que yo pueda estar los fines de semana con los chicos. Pero todavía no vi ningún trabajo así” (Jessica, 20 años, cónyuge, 3 hijos de hasta 6 años. Inactiva).

En forma complementaria, la cercanía o lejanía del puesto de trabajo – esto es, el tiempo de traslado que insume – también se erige como una dimensión crucial en las apreciaciones sobre los puestos de trabajo:

“De experiencia tengo mucha en supermercados [...] pero demanda muchas horas y no es tan cerca, por ahí. Mucho el viático, muchas horas. [...] Estuve trabajando en Walmart, por ejemplo. Pero muy poquito tiempo porque me demanda mucho tiempo” (Carla, 23 años, cónyuge, 2 hijos de hasta 5 años. Inactiva).

Los señalamientos que realizan las entrevistadas en relación con los factores que moldean sus preferencias a la hora de buscar un trabajo conducen indefectiblemente hacia el rol que en sus estrategias laborales juega la intersección con el trabajo doméstico y de cuidado. Por esta razón, no llama la atención la alta rotación que presentan estas mujeres en sus puestos de trabajo, en particular debido a las interrupciones ante eventos reproductivos. De hecho, las permanencias prolongadas en la inactividad ante la imposibilidad de conciliar el trabajo remunerado y de cuidado constituyen una situación habitual. Esto se refleja en la estructura etaria relativamente envejecida de las ocupadas de este estrato, que fuera señalado previamente.

Si el retiro del mercado laboral ante los eventos reproductivos constituye una situación común, también la inserción en trabajos de media jornada y más flexibles en términos de la dedicación horaria puede leerse como parte de una “estrategia” – no exenta de problemas y vulnerabilidades – que habilita a sostener algún tipo de inserción laboral remunerada.

En este contexto, para muchas entrevistadas adquiere sentido la opción de trabajo “por horas” en el servicio doméstico, ocupación que, como se observara más arriba, es la que aglutina al mayor número de estas trabajadoras. De hecho, en el marco de esta actividad, en los últimos años se observa un incremento de las jornadas reducidas (Pereyra y Tizziani, 2014). Esto implica que esta ocupación sea una de las opciones más extendidas entre estas mujeres, en un contexto marcado por la insuficiencia de apoyos institucionales para el cuidado de sus hijos/as. En particular, entre quienes trabajan bajo la modalidad por horas y realizan exclusivamente tareas de limpieza, las ponderaciones positivas respecto a esta actividad tienen que ver fundamentalmente con el tema de la flexibilidad horaria. Tal como señala una entrevistada: “por ahí los nenes se resfrían y vos sabés que decís ‘hoy no voy’ y bueno, si ya te conocen y te tienen confianza, no hay problema”.

No obstante, este “atractivo” que proporciona la mayor flexibilidad relativa del empleo doméstico, en el marco de una ocupación con bajas barreras de entrada, también se traduce en un mercado saturado que tiende a deprimir salarios y condiciones de trabajo. Tal como expresa Fernanda en relación a sus condiciones de trabajo:

¿Trabajas en negro?

“Por supuesto; y a lo que ellos te quieren pagar. [...] Vos les decís 55 [pesos] la hora, lo que se está pagando, y ellos te dicen ‘no, hasta 50 [pesos] puedo; y bueno si no querés me consigo a otra persona’. Y uno tiene que ceder por la necesidad más que nada” (Fernanda, 29 años, jefa de hogar, 3 hijos de hasta 12 años. Trabaja como empleada doméstica 4 horas diarias).

Sin duda, el trabajo en negro es una característica extendida en las trayectorias laborales de las mujeres de sectores populares. Esto, combinado con las restricciones que impone el cuidado, da como resultado inserciones más inestables y con altos niveles de rotación.

En este punto, es interesante señalar la importancia que pueden adquirir diferentes intervenciones de la política pública. En efecto, las entrevistadas que exhibían cierta continuidad en su puesto de trabajo se hallaban frecuentemente insertas en el marco del “Argentina Trabaja”, una política que promueve la inserción laboral de personas en situación vulnerable a través del cooperativismo.²⁰ La mayor estabilidad relativa con la que cuentan las beneficiarias tiene que ver con condiciones de trabajo que facilitan y/o hacen más atractiva la permanencia en la actividad. Así, el programa no sólo implica ingresos relativamente altos en contraste con los de muchas de las opciones laborales que manejan estas mujeres, sino que también – de manera crucial – supone inserciones a media jornada que facilitan compatibilizar el trabajo remunerado y el de cuidado. Además, se trata de

20 El “Argentina Trabaja” está destinado a personas sin ingresos formales, ni prestaciones de pensiones, jubilaciones nacionales, ni otros planes sociales (a excepción de la Asignación Universal por Hijo y los planes de seguridad alimentaria) y promueve la creación de cooperativas de trabajo. La reglamentación establece que los beneficiarios trabajen 40 horas semanales de contraprestación que se dividen en horas para la realización de obras de infraestructura urbana local y comunitaria, y horas destinadas a las capacitaciones que contempla el programa.

puestos que permiten acceder a la protección social; en especial, el hecho de contar con licencia por maternidad resulta de particular relevancia para la continuidad laboral de estas mujeres.²¹

Más allá de esta intervención puntual – que dista de ser extendida²² – las inserciones laborales de las entrevistadas tienden a ser precarias. Sin embargo, ello no implica que no existan expectativas relativas a la calidad del empleo. En este sentido “ganar más” y “estar en blanco” son aspiraciones que se manifiestan en los relatos. No obstante, estas expectativas se suelen subsumir a la adquisición de mayores niveles de educación formal (especialmente a completar el nivel secundario):

“Me buscaría un trabajo en una fábrica o en otro lugar para ganar más. [...] Pero primero tengo que terminar mis estudios, porque las empresas lo primero que te piden es secundaria completa” (Irma, 39 años, cónyuge, 3 hijos de hasta 18 años. Trabaja en una cooperativa como parte del Argentina Trabaja 4 horas diarias).

De hecho, en los casos en que las mujeres tienen secundaria completa, se ve una ampliación de los márgenes de elección laboral, lo que repercute también en mejores condiciones laborales. Tal es el caso de Yanina, que incluso logró estudiar en el nivel terciario, y cuenta cómo privilegia los trabajos “en blanco”:

“[tener un trabajo registrado] conviene porque el nene siempre necesita una obra social, así que siempre busco eso. No me gusta trabajar en negro [...]. Además, es para nosotras [se refiere a las mujeres-madres]. Porque el día de mañana vamos a tener cierta edad, y yo que soy madre soltera, sin una jubilación cómo hago. Me parece priorizar eso [...]. Si me gusta o no [su trabajo]... no es algo que haya estudiado para ir a trabajar” (Yanina, 29 años, jefa de hogar, un hijo de 6 años. Auxiliar de quinesiología. Trabaja en una fábrica textil, en blanco, 6 horas diarias).

Si bien aquí los estudios operan habilitando cierto margen de elección – en este caso, permiten optar por un trabajo registrado – nuevamente el tema del cuidado actúa como limitante: la entrevistada necesita una inserción a medio tiempo y la que pudo encontrar no se condice con sus estudios/intereses laborales.

De esta manera, las mujeres bajo análisis realizan sus elecciones laborales dentro de un espectro de inserciones de por sí acotados, priorizando la conciliación con sus responsabilidades de cuidado. Se trata de una doble limitación que restringe aún más sus opciones disponibles y tiene altos costos en términos de la calidad y estabilidad de sus inserciones.

21 Con respecto a la protección social de las y los cooperativistas, se establecen licencias por vacaciones, por fallecimiento de padre, madre, hermanos, hijos o cónyuges, por embarazo, nacimiento de hijo y matrimonio. Además, el programa contempla la incorporación de los receptores al Régimen de Monotributo Social que garantiza los aportes jubilatorios y cobertura médica (Arcidiácono *et al.*, 2014).

22 Según el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, a lo largo de los años de su implementación la cantidad de beneficiarios fue de entre 150.000 y 180.000.

Sobre el significado de la experiencia de trabajo remunerado

¿Qué significa trabajar de forma remunerada para estas mujeres? ¿Cómo se auto-perciben ellas en este rol? ¿Cuáles son los aspectos positivos y negativos de trabajar fuera del hogar? Sin duda, el sentido asignado a la inserción en el mercado de trabajo dista de ser unívoco. En efecto, el mismo presenta variaciones y matices que suelen ir en consonancia con las diferentes coyunturas familiares, económicas y laborales que transitan las entrevistadas. No obstante, también existen algunos denominadores comunes y/o tendencias que aplican a la mayoría de los casos.

En vista de la combinación de las limitaciones que impone el cuidado infantil con el acotado abanico de opciones laborales disponibles, no resulta sorprendente que muchas de estas mujeres no vivencien su trabajo actual como una opción valorada y/o elegida. De manera previsible, *la valoración positiva del trabajo remunerado se encuentra estrechamente asociada con la obtención de ingresos* para sostener ciertos consumos familiares mínimos:

“[lo único] positivo es tener el efectivo. [...] Yo salgo y sé que tengo esa plata, pero después...” (Yanina, 29 años, jefa de hogar, un hijo de 6 años. Trabaja en una fábrica textil, en blanco, 6 horas diarias).

Sin embargo, la experiencia de “tener el efectivo” habilita una lectura más allá de la dimensión puramente instrumental. En efecto, el significado de la experiencia laboral remunerada también es construido en términos de *la valoración que las mujeres realizan sobre la disponibilidad de ingresos propios* y lo que ese dinero les permite comprar o hacer. Estas son dimensiones que potencian la autonomía económica de las mujeres de sectores populares, ya que, como se desprende de los testimonios, el dinero propio tiene un significado particular.

Por un lado, para estas mujeres tener ingresos laborales implica un incremento del control sobre los recursos dentro del hogar y se expresa en frases recurrentes tales como “mi plata la manejo yo”. Por otro lado, es cuando las entrevistadas profundizan sobre esta ampliación de la autonomía económica que surgen connotaciones de autoestima y de satisfacción personal:

“No sé cómo explicarte pero mi plata es mi plata. Está bien, yo la gasto para los neños pero es mi plata. Lo gané yo, me lo gané yo. Eso es lo que a mí me satisface” (Griselda, 29 años, cónyuge, 3 hijos de hasta 10 años. Trabaja de empleada doméstica 7 horas diarias).

“Además, imagínate que le quiero comprar algo a las chicas [sus hijas] y tengo que andar pidiéndole [a su marido] [...]. Y siempre hay cositas para vos, para la casa, para las chicas, que si no trabajaras ¡no podrías comprar!” (Nancy, 31 años, cónyuge, 2 hijas hasta 12 años. Trabaja en servicio doméstico, 3 veces por semana, 5 horas diarias).

Es interesante, a su vez, que si bien se asevera que el dinero es de disponibilidad propia y genera “libertad” para utilizarlo, la mayoría afirma utilizarlo en consumos para sus hijos/

as. Diversas investigaciones han demostrado que, particularmente para las mujeres pobres, la noción de autoestima puede estar vinculada más estrechamente con la capacidad de suministrar los bienes esenciales para la supervivencia de sus hijos o “darles un gusto” (ver Kabeer, 1998). En este sentido, se puede pensar que el dinero propio contribuye a su autovaloración, si bien esta se encuentra anclada a la maternidad.

Más allá de la dimensión económica, los relatos acerca de la experiencia de trabajo remunerado dejan entrever algunas otras fuentes de satisfacción. Por ejemplo, en el caso de las inserciones *en el servicio doméstico se destaca la importancia del desarrollo de lazos afectivos*, especialmente cuando hay dependientes bajo cuidado. En tales contextos, las entrevistadas coinciden en señalar diversas situaciones que suelen ser motivo de cierto orgullo y regocijo:

“Los nenes cuando llego me tiran los bracitos, son una dulzura. Ellos se dan cuenta...cuando alguien los trata como propios” (Blanca, 32 años, jefa de hogar, un hijo de 4 años. Trabaja en servicio doméstico 5 horas diarias).

“La nena que cuido tiene locura conmigo. Los fines de semana a veces hasta le pide a la madre para hablar por teléfono, quiere saber qué estoy haciendo (risas)” (Graciela, 48 años, cónyuge, 2 hijos de 16 y 18 años. Trabaja en servicio doméstico 8 horas diarias).

También se expresan valoraciones positivas en relación con el desarrollo de *vínculos armónicos con quienes las contratan*. En este sentido, temas como “el buen trato” o “la buena onda” de jefes/as y patrones/as son mencionados como atributos altamente valorados de los puestos de trabajo. En general, es en estos mismos casos donde también suele manifestarse satisfacción en relación a la *confianza* que las trabajadoras sienten que se deposita en ellas. Si la mayoría de las veces la confianza alude a la honestidad de las entrevistadas, también hay situaciones en las que se refiere al reconocimiento de ciertas capacidades/saberes laborales. Así, particularmente para las mujeres que acumularon experiencia en una misma actividad, la valorización de su inserción laboral se puede dar a través de la *reivindicación de los saberes/competencias previos o adquiridos* (Gorbán, 2017; Tizziani, 2017).

“Cuando te tienen confianza es como que...todo funciona bien. ¡Hay que saber manejar la caja además! y tener todo prolijo y no hacer líos con la plata y todo... Encima saben que soy de confianza [...], entonces cuando hay buen onda como que te sentís cómoda [...], yo preferiría un trabajo de menos horas pero lo que me gusta es que estoy cómoda con ellos” (Eliana, 35 años, cónyuge, 2 hijos de hasta 12 años. Trabaja en un mini-mercado familiar como cajera 8 horas diarias).

“Ella sabe cómo trato a su hija, por eso me la deja tranquila. Yo veo la confianza y la agradezco, [...] es como que se dan cuenta que vos también sos madre y sabés como se cuida a los chicos” (Graciela, 48 años, cónyuge, 2 hijos de 16 y 18 años. Trabaja en servicio doméstico 8 horas diarias).

El hecho de que existen dimensiones de la participación laboral que generan bienestar o satisfacción más allá de la mera generación de ingresos también se evidencia en muchos casos a través de la persistencia de la participación laboral a pesar de la oposición de los cónyuges:

“Sí, mi marido me dice eso: que prefiere que me quede en la casa. Pero yo le digo que eso no, que yo quiero contribuir también: ¡si no me siento un objeto!” (Nancy, 31 años, cónyuge, 2 hijas hasta 12 años. Trabaja en servicio doméstico, 3 veces por semana, 5 horas diarias).

La sensación de Nancy – si no trabaja “se siente un objeto” – remite a aspectos del trabajo remunerado que generan procesos de “individuación”, entendidos como la separación (si bien momentánea) del rol materno, la puesta en valor de otros saberes, así como la generación y control de recursos económicos. Sin duda, en muchos casos, estos aspectos son constitutivos del significado del trabajo remunerado de las mujeres bajo análisis.

La última cita remite también a una situación común entre las entrevistadas con hijos pequeños que tienen cónyuges que pueden solventar las necesidades básicas del hogar. Se trata de diferentes grados de presión de los cónyuges en cuestión, que apunta a ubicar o reubicar a estas mujeres en el lugar de madres-cuidadoras, entendido como su rol “natural”. Tal como señala Nancy: “mi marido me dice a veces, que cómo la dejo a mi nena más chica...ya tiene tres años, la dejo en el Jardín”. Si bien esta entrevistada logra mantener su inserción laboral a pesar de las tensiones que experimenta con su cónyuge, otras terminan cediendo ante planteos que oscilan entre el reclamo y la prohibición directa:

“[no trabaja de forma remunerada] porque tuve problemas con mi esposo, [...] él hace fletes, y me decía ‘no pueden estar [sus hijos] tirados por ahí de acá para allá, dejá de laburar vos, te dedicas a los bebés’” (Emily, 32 años, cónyuge, 2 hijos menores de 10 años. Inactiva).

“Podría trabajar las 4 horas que están ellos [sus hijos] en el colegio, pero... no, no sé, igualmente el papá de ellos no me deja que trabaje. Pero si fuera por mí sí, no tendría problema, porque es un ingreso más” (Lorena, 35 años, cónyuge, 7 hijos de hasta 18 años. Inactiva).

De todas maneras, y reforzando el señalamiento inicial relativo a que los sentidos asignados a la experiencia del trabajo remunerado distan de ser homogéneos, existen casos – especialmente entre las mujeres con mayor cantidad de hijos pequeños –, donde las entrevistadas tienden a hacer propio el discurso del varón proveedor-mujer cuidadora. Para estas mujeres tener que “salir a trabajar” es una alternativa que se plantea como no deseada y de última instancia:

“[no trabaja en forma remunerada] porque tengo al muchacho este [su pareja] que vale oro en ese sentido [...], tampoco me veo necesitada de decir ‘uy tengo que ir a trabajar’, dejar a mis hijos y todo eso... Porque gracias a dios tengo [menciona dos programas de transferencias condicionadas de

ingresos], la plata que él [su cónyuge] trabaja porque cobra por quincena, y nos rebuscamos bien” (Paola, 35 años, cónyuge, 5 hijos de hasta 18 años. Inactiva).

Así, dentro de un marco donde se sobreentiende que la principal responsabilidad es la de proveer cuidados en el propio hogar, el trabajo remunerado puede adquirir sentidos diversos. Los mismos oscilan entre la sensación de ciertos niveles de autonomía y satisfacción personal hasta la percepción de la participación laboral como una opción de última instancia. Sin duda, las diferentes circunstancias que van atravesando (y atraviesan a) estas mujeres en términos familiares, económicos, de experiencias laborales pasadas y presentes contribuyen a moldear los significados atribuidos a la participación laboral.

Los planes y expectativas a futuro: el valor de “los estudios”

Más allá de las percepciones variables en torno a la experiencia del trabajo remunerado (generalmente anclados en circunstancias pasadas y presentes), es interesante señalar que no son pocas las entrevistadas que tienen aspiraciones de formación asociadas a planes laborales futuros. Así, existe un discurso más o menos extendido que señala la importancia de “los estudios” para ampliar y mejorar las opciones en el mercado de trabajo.

Por un lado, se encuentran quienes apuntan a terminar estudios básicos. Las entrevistadas resaltan que los mismos son necesarios, especialmente para acceder a trabajos institucionales y registrados, incluso en los escalones más bajos de la estructura ocupacional:

“[decidió completar sus estudios secundarios] porque hubo muchas posibilidades de trabajo que si no tenía la secundaria no me los daban. ¡Mismo de limpieza!” (Fernanda, 29 años, jefa de hogar, 3 hijos de hasta 12 años. Trabajadora de casas particulares 4 horas diarias).

Por otro lado, se encuentran quienes – con estudios secundarios o no – ubican su horizonte aspiracional en algún tipo de ocupación particular que requiere de estudios específicos. En estos casos, se observa en los relatos de las entrevistadas referencias recurrentes a ciertas ocupaciones o profesiones, generalmente relacionadas con el cuidado, que se presentan como anhelos. Entre ellas, se destaca la enfermería, aunque también se mencionan otras como peluquería, kinesiología y acompañante terapéutica (aunque también se menciona la ocupación de policía²³).

Es interesante señalar que estas aspiraciones se encuentran, una vez más, atravesadas por la temática del cuidado. En efecto, muchas de las entrevistadas se refieren a estas

23 La mención a la formación como policía sin duda contrasta con el resto de las aspiraciones que apuntan a ocupaciones altamente feminizadas, y tiene que ver con lineamientos de la política pública de ese momento. En efecto, en los años previos al trabajo de campo, el entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires lanzó un plan de reclutamiento masivo de nuevos efectivos policiales con propuestas formativas de tan sólo 6 meses con salida laboral garantizada. El atractivo de la propuesta logró captar a una importante cantidad de mujeres (Escudero, 2010; Rodríguez Azuleta, 2016).

ocupaciones pensando en inserciones que imaginan como compatibles con las responsabilidades de cuidado que les son socialmente asignadas:

“Quería ver si podía estudiar Peluquería. [...] Acá [refiere un lugar cerca de su casa] hay un instituto de peluquería, creo que son de 8 meses a un año más o menos. [...] Me gusta estudiar para peinar, cortar el pelo, y en mi casa tenemos un espacio donde siempre me dice mi marido que podemos hacer un localcito, [...] y estando en casa puedes estar en casa y puedes trabajar. [...] Y para estar más con mis hijas” (Laura, 31 años, cónyuge, 3 hijas menores de 10 años. Inactiva).

“[se refiere a sus planes para cuando se reciba de enfermera] En casa voy a hacer presión, inyectables, todo pero en mi casa. Porque las guardias son toda la noche si trabajas en hospital, [...] entonces más por los chicos, [...] para estar más en casa” (Carina, 38 años, cónyuge, 5 hijos de entre 5 y 20 años. Trabaja vendiendo artesanías que hace en la casa a pedido, no especifica horas diarias).

Más allá de que existe un puñado de entrevistadas que, como Carina, han logrado encarar algún plan de formación, en la mayoría de los casos se trata de anhelos a concretar en un futuro indeterminado. En este sentido, las dificultades que señalan las entrevistadas para concretar sus deseos de reconversión laboral se caracterizan por su naturaleza multidimensional, pero siempre denotan los contextos de alta vulnerabilidad en los que viven estas mujeres. Algunas refieren no poder afrontar los costos que implica (en transporte, materiales, cuotas), otras afirman no poder ir a estudiar de noche porque caminar por el barrio en esas horas se convierte en una hazaña: “viste que hay muchos chorros y tengo mucho miedo, a mí me pasó que me robaron”.

Pero, sin duda, el obstáculo por excelencia lo constituye, una vez más, el tema de las responsabilidades de cuidado (“quería recibirme de policía pero no pude porque no tenía a nadie que se haga cargo de Brian [su hijo]”; “me encantaría estudiar para esteticista pero no en este momento, porque ¿qué hago con los chicos?”). En general, estas mujeres suelen ubicar la posibilidad de encarar sus proyectos de formación en un horizonte difuso marcado por el hecho de que “*los chicos crezcan*”. Asimismo, y al igual que lo que suele suceder con el trabajo remunerado, no son pocas las que esperan la escolarización de su último hijo/a como hito que les permite concretar su anhelo formativo.

Tal como se anticipara más arriba, resulta interesante observar lo que sucede con las pocas entrevistadas que han logrado avanzar en términos de sus planes de formación. Se trata de tres mujeres que al momento del relevamiento se encontraban cursando estudios de enfermería y de cuatro que se abocaban a finalizar sus estudios secundarios. ¿Cuáles son los factores que habilitan la posibilidad de encarar un proyecto de estudio? Los resultados de la indagación indican, por un lado, que las intervenciones de la política pública son cruciales, así como también lo es el ciclo vital por el que atraviesan las entrevistadas (particularmente, en términos de la edad de los hijos).

En lo que atañe al impacto de la política pública, los planes y programas de formación dirigidos a esta población facilitan en gran medida el proceso. En particular, se destacan intervenciones como el “FinEs”²⁴, el “Progresar”²⁵ y el “Ellas Hacen”²⁶. En términos generales, se trata de propuestas que se adaptan a las agudas restricciones de tiempo y dinero de estas mujeres (con cursadas gratuitas, horarios acotados y puntos de encuentro cercanos a su domicilio) que pueden incluir además una transferencia de ingresos mensual destinada a sostener los estudios. Asimismo, también resulta de suma importancia el ciclo vital por el que atraviesan estas mujeres. De manera previsible, cuanto más grandes los hijos, mayores las chances de liberar tiempo para acceder a propuestas formativas. El testimonio de Fernanda evidencia cómo la conjugación de ambos factores habilita el proyecto de completar la educación básica:

¿Y por qué pudiste empezar este año?

“Y porque ya tengo los nenes más grandes. Me puedo organizar más con los horarios. (...) Y aparte antes de que se lance esto [se refiere al FinEs], vos tenías que ir de lunes a viernes al colegio. Y eran más horas y más días. En cambio ahora son 2 veces por semana” (Fernanda, 29 años, jefa de hogar, 3 hijos de hasta 12 años. Trabaja como empleada doméstica 4 horas diarias).

Por último, incluso los programas de transferencia de ingresos que no se hallan directamente orientados a la finalización de estudios pueden adquirir una influencia positiva en este aspecto. En este sentido, algunas entrevistadas mencionan a la Asignación Universal por Hijo (AUH)²⁷ como un factor que facilita la concreción de planes de

24 El Plan de Finalización de Estudios Primarios y Secundarios (FinEs), instrumentado desde 2008, está dirigido a jóvenes y adultos que no han terminado de cursar alguno de los dos niveles de educación básica. Provee instancias presenciales, semi-presenciales y a distancia, ofrecidas a través de las escuelas secundarias comunes y de educación técnica, y también en sedes de universidades, entidades gremiales y de otras organizaciones de la sociedad civil (<http://www.fines.educ.ar/>).

25 Lanzado en el 2014, otorga una prestación monetaria a jóvenes de entre 18 y 24 años para terminar la educación primaria o secundaria, estudiar un oficio, o una carrera universitaria o terciaria en cualquier establecimiento educativo público del país. Entre los requisitos de acceso se establece que los ingresos del grupo familiar del joven sean menores a 3 veces el Salario Mínimo, Vital y Móvil (<https://www.argentina.gob.ar/becasprogresar/>).

26 Lanzado en el 2013 y destinado a mujeres que se incorporan a una nueva etapa del “Argentina Trabaja”, con prioridad a aquellas mujeres víctimas de violencia de género. Los requisitos son: tener 3 o más hijos menores de 18 años, y/o con discapacidad, estar a cargo del hogar, sin trabajo, y vivir en una villa o barrio emergente. El énfasis de esta línea está puesto en el aprendizaje de un oficio y en la terminación de la educación básica (<http://www.desarrollosocial.gob.ar/ellashacen>).

27 La AUH es una prestación no contributiva implementada en 2009, destinada a niños, niñas y adolescentes menores de 18 años, hijos/as de trabajadores en el sector informal o desempleados/as, monotributistas sociales y trabajadores/as incorporados/as en el Régimen Especial de Seguridad Social para Empleados del Servicio Doméstico. Mediante transferencias monetarias mensuales, la política apunta al sostenimiento de los ingresos per cápita de los hogares como mecanismo de lucha contra la pobreza y la desigualdad, y a su vez, con el establecimiento de condicionalidades establece un objetivo de largo plazo a través de mejoras en salud, educación y nutrición infantil.

estudio. Tal es el caso de Carina, quien afirma utilizar el dinero de la transferencia para pagar sus estudios de Enfermería. A ello se le suma el hecho, también fundamental, de que encontró un espacio de cuidado para su hijo en un centro comunitario:

“[recibir la AUH es importante] porque es una carrera cara, [...] y acá [en el terciario donde estudia] además nos dan las facilidades para pagar, y los que cobramos planes pagamos una cuota menor. [...] Yo empecé [sus estudios de enfermería] cuando Tisiano [su hijo más pequeño] empezó acá [en un centro comunitario de cuidado infantil]; él empezó en junio y yo empecé en agosto” (Carina, 38 años, cónyuge, 5 hijos de entre 5 y 20 años. Trabaja vendiendo artesanías a las vecinas, que hace en la casa a pedido, no especifica horas diarias).

Los relatos expuestos dejan entrever que, más allá de las restricciones que enfrentan estas mujeres, existen aspiraciones en términos ocupacionales. Tal como afirma Tizziani (2011), estas expectativas son de gran importancia ya que pueden generar incentivos hacia la terminación de los estudios secundarios e incluso involucrar a la formación más allá de los mismos. Sin duda, las barreras para concretar estas aspiraciones son múltiples e implican que en la mayoría de los casos se trate de proyectos sin horizontes claros de concreción. No obstante, la intervención de la política, tanto en materia de cuidado como de formación y transferencia de ingresos, puede operar generando algunos intersticios que habilitan estos emprendimientos.

A modo de conclusión

Una primera reflexión que sugiere el análisis realizado tiene que ver con que la baja participación laboral de las mujeres de sectores populares no puede entenderse sino a la luz de sus dificultades para conciliar trabajo remunerado y de cuidado. En este sentido, esta situación marca una diferencia crucial respecto a sus pares de mayor nivel socio-económico, las cuales pueden acceder a soluciones privatizadas de cuidado (jardines maternos/de infantes privados, servicio doméstico, etc.).²⁸

Cuando estas mujeres logran integrarse en el mercado laboral, también son las restricciones que impone el cuidado las que permiten comprender el carácter residual o complementario que le asignan a sus inserciones laborales, erigidas en los márgenes de tiempo sobrantes. En este sentido, la flexibilidad horaria adquiere un papel central, así como la cercanía al domicilio, e incluso el desarrollo de la actividad en el propio hogar.

En esta misma línea, las altas tasas de rotación, por sobre todo ante eventos reproductivos pero también ante imprevistos relativos a los arreglos de cuidado (en general precarios), configuran una serie de dificultades para “permanecer” en los puestos de trabajo y en consecuencia conquistar ciertos derechos. Esta situación contribuye a la comprensión de

28 Siempre en el marco de una restricción que afecta a las mujeres en su conjunto y las posiciona en desventaja relativa respecto a los varones.

la mayor vulnerabilidad observada en sus inserciones, y su confinamiento al segmento informal de la economía donde logran justamente la “flexibilidad” que necesitan, pero generalmente a expensas de la calidad del trabajo.

Resulta interesante observar que, ante las escasas perspectivas de realización personal que generan estas inserciones, lo que tiende a primar como parámetro de valoración del propio trabajo remunerado es la obtención de algún ingreso que a la vez permita cumplir con las responsabilidades de cuidado culturalmente asignadas. No obstante, los relatos de las entrevistadas dejan entrever también algunos criterios para evaluar positivamente las inserciones laborales que apuntan al logro de cierta autonomía y/o reconocimiento por fuera de la esfera del hogar. De particular importancia para estas mujeres resulta la posibilidad de administrar y decidir sobre sus (magros) ingresos laborales. Sin embargo, esta mayor independencia difiere de los ideales de las mujeres de clase media de realización personal y tiende a anclarse, una vez más, en la posibilidad de ejercer un mejor cumplimiento del rol maternal (a través de diversos consumos destinados a las y los hijos).

Sin duda, la falta de estudios secundarios completos, que tiende a predominar en esta población, también aporta a la construcción de la precariedad laboral observada, acotando aún más las opciones a las que pueden apuntar estas trabajadoras. Las mismas se suelen caracterizar por ser extensiones de habilidades y saberes construidos como “inherentes” a la condición femenina (limpiar, cocinar, cuidar, etc.). Si bien las entrevistadas son conscientes de la importancia de “los estudios” para ampliar sus opciones laborales y apuntar a mejorar las condiciones de trabajo, el círculo vicioso que se conforma en la intersección con las responsabilidades de cuidado y los contextos de vulnerabilidad económica genera múltiples obstáculos a la hora de efectivizar este “progreso”.

Es importante señalar que las intervenciones de la política pública adquieren un rol preponderante para morigerar las inequidades observadas. En primer lugar, tal como se desprende de los relatos, de primordial importancia resulta la ampliación de los servicios de cuidado infantil públicos y de calidad. Es necesario señalar, por un lado, que los servicios dirigidos a la primera infancia revisten una cobertura sumamente escasa, puesto que la obligación del Estado de proveer vacantes rige sólo a partir de los cuatro años. Por otro lado, cuando las y los niños acceden a la escolarización, las jornadas suelen ser cortas (de entre 3 y 5 horas), por ende, aún en estos casos, el tiempo “liberado” para participar del mercado laboral es limitado (ver Faur y Pereyra, 2018). En segundo lugar, los testimonios dejan entrever que algunas intervenciones en materia de programas de empleo – que contemplan las restricciones horarias de estas mujeres, así como el acceso a la seguridad social y sus licencias asociadas – logran “retener” a estas mujeres en el mercado de trabajo.

Por último, las políticas públicas que apuntan tanto a la terminación de la educación básica como a la formación terciaria y en oficios resultan de vital importancia. Su diseño horario – con cursadas de menor carga horaria semanal y en horarios compatibles con el trabajo remunerado – así como, en muchos casos, los estipendios asociados a la continuidad de los estudios devienen en fuertes incentivos a la concreción de proyectos formativos. De esta manera, la intervención pública a través de esta batería de políticas reviste un enorme

potencial para contribuir a romper el círculo vicioso que “arrincona” a estas mujeres en los márgenes del mercado laboral. Se trata en última instancia de apoyar la generación de proyectos ocupacionales que no sólo contribuyan a una (muy necesaria) mejora de las condiciones materiales de vida propias y del entorno familiar, sino también que apunten al desarrollo personal de estas mujeres, así como al logro de una mayor autonomía.

Referencias

- ARCIDIÁCONO, Pilar; KALPSCHTREJ, Karina; BERMÚDEZ, Ángeles. ¿Transferencia de ingresos, cooperativismo o trabajo asalariado? El Programa Argentina Trabaja. *Trabajo y Sociedad*, n. 22, p. 341-356, 2014.
- BARRANCOS, Dora; GOREN, Nora. Género y empleo en el Gran Buenos Aires. Exploraciones acerca de las calificaciones en mujeres de los sectores de pobreza. En: FORNI, Floreal H. (comp.). *De la exclusión a la organización. Hacia la integración de los pobres en los nuevos barrios del conurbano bonaerense*. Buenos Aires: CICUS, 2002.
- BECCARIA, Luis; MAURIZIO, Roxana; VÁZQUEZ, Gustavo. El estancamiento de la tasa de participación económica femenina en Argentina en los años 2000. *Desarrollo Económico*, v. 57, n. 221, p. 3-31, 2017.
- CASTILLO, Victoria; ESQUIVEL, Valeria; ROJO, Sofía; TUMINI, Lucía; YOGUEL, Gabriel. Los efectos del nuevo patrón de crecimiento sobre el empleo femenino, 2003-2006. En: NOVICK, Marta; ROJO, Sofía; CASTILLO, Victoria (comps.). *El trabajo femenino en la post convertibilidad. Argentina 2003-2007*. Santiago de Chile: CEPAL, 2008.
- CONTARTESE, Daniel; MACEIRA, Verónica. *Diagnóstico sobre la situación laboral de las mujeres*. Buenos Aires: Ministerio de Trabajo Empleo y Seguridad Social (MTEySS), Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales, 2005.
- CORTÉS, Rosalía. Estancamiento de la participación económica de la población: desigualdades de género, restricciones de la oferta de cuidado y transferencias sociales. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, XII, 2015, Buenos Aires.
- ESCUADERO, Andrés. Reforma policial en la provincia de Buenos Aires. *Sociedad Global*, v. 4, n. 1, p. 9-25, 2010.
- ESPINO, Alma. Perspectivas teóricas sobre género, trabajo y situación del mercado laboral latinoamericano. En: ESQUIVEL, Valeria (comp.). *La economía feminista desde América Latina: una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región*. Santo Domingo: ONU Mujeres, 2012.
- ESQUIVEL, Valeria. The informal economy in Greater Buenos Aires: a statistical Profile. *Urban Policies Research Report*, n. 9, 2010.
- _____. Introducción: hacer economía feminista desde América Latina. En: ESQUIVEL, Valeria (comp.). *La economía feminista desde América Latina: una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región*. Santo Domingo: ONU Mujeres, 2012.
- FAUR, Eleonor; PEREYRA, Francisca. Gramáticas del cuidado. En: PIOVANI, Juan; SALVIA, Agustín (comps.). *La Argentina en el Siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2018.
- GALLART, María Antonia; MORENO, Martín J.; CERRUTTI, Marcela; SUAREZ, Ana L. *Las trabajadoras de villas. Familia, educación y trabajo*. Buenos Aires: Cuadernos del CENEP, 1992.
- GASPARINI, Leonardo; GLUZMANN, Pablo. Female participation and the economic cycle. En: GASPARINI, Leonardo; MARCHIONNI, Mariana (eds.). *Bridging gender gaps? The rise and deceleration of female labor force participation in Latin America*. CEDLAS-UNLP-Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo (CIEDUR)- International Development Research Centre (IDRC), 2015.
- GASPARINI, Leonardo; MARCHIONNI, Mariana. Overview. En: GASPARINI, Leonardo; MARCHIONNI, Mariana (eds.). *Bridging gender gaps? The rise and deceleration of female labor force participation in Latin America*. CEDLAS-

UNLP- Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo (CIEDUR)-International Development Research Centre (IDRC), 2015.

GORBÁN, Debora. La vida entre tijeras: logros, expectativas y sueños en la peluquería. Jornadas de Sociología, IX, 2017, Buenos Aires.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS (INDEC). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010. Censo del Bicentenario. Resultados definitivos*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadística y Censos, 2012.

INTERNATIONAL LABOR ORGANIZATION (ILO). *Care work and care jobs for the future of decent work*. Geneva: International Labour Office, 2018.

KABEER, Naila. *Realidades trastocadas. Las jerarquías de género en el pensamiento sobre el desarrollo*. México DF: PUEG-UNAM-IIES-Editorial Paidós, 1998.

LUPICA, Carina. *Trabajo decente y corresponsabilidad de los cuidados en Argentina*. Buenos Aires: Organización Internacional del Trabajo (OIT), 2010.

PEREYRA, Francisca. La regulación laboral de las trabajadoras domésticas en Argentina: situación actual y perspectivas. En: ESQUIVEL, Valeria; FAUR, Eleonor; JELIN, Elizabeth (comps.). *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el Estado y el mercado*. Buenos Aires: IDES-UNICEF-UNPFA, 2012.

_____. Los desafíos del trabajo de cuidado en la configuración de las condiciones laborales de la enfermería. En: ABRAMOWSKI, Ana; CANEVARO, Santiago (comps.). *Pensar los afectos. Aproximaciones desde las ciencias sociales y las humanidades*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2017.

PEREYRA, Francisca; TIZZIANI, Ania. Experiencias y condiciones de trabajo diferenciadas en el servicio doméstico. Hacia una caracterización de la segmentación laboral del sector en la ciudad de Buenos Aires. *Trabajo y Sociedad*, n. 23, v. 7, p. 5- 25, 2014.

PÉREZ OROZCO, Amaia. Prólogo. En: ESQUIVEL, Valeria (comp.). *La economía feminista desde América Latina: una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región*. Santo Domingo: ONU Mujeres, 2012.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). *El sistema de salud en Argentina y su trayectoria en el largo plazo: logros alcanzados y desafíos futuros*. Buenos Aires: UNDP-CEPAL-OPS, 2011.

RODRÍGUEZ AZULETA, Esteban. Tedio y violencia policial. *Sociales en Debate*, n.11, p. 7-18, 2016.

TIZZIANI, Ania. De la movilidad ocupacional a las condiciones de trabajo. Algunas reflexiones en torno a diferentes carreras laborales dentro del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires. *Revista Trabajo y Sociedad*, v.15, n. 17, p. 309-328, 2011.

_____. Las ocupaciones de limpieza en el AMBA: territorios y significados en torno del “trabajo femenino” y el “trabajo masculino”. Jornadas de Sociología, IX, 2017, Buenos Aires.

TRAJTEMBERG, David. La equidad de género en la negociación colectiva post-convertibilidad. *Trabajo, Ocupación y Empleo*, n. 9, p. 61-95, 2010.

VALENZUELA, María E. *Mujeres, pobreza y mercado de trabajo. Argentina y Paraguay*. Santiago de Chile: OIT, 2003.

A inserção laboral das mulheres de setores populares na Argentina: sobre características objetivas e experiências subjetivas

Resumo

Conforme documentado pela literatura, os padrões de segregação de acordo com o nível socioeconômico e o gênero no mercado de trabalho argentino (assim como na região em geral) mostram uma persistência marcante. De fato, se a taxa de participação das mulheres na força de trabalho ainda é substancialmente menor que a dos homens, são as mulheres de baixa

renda que apresentam os níveis mais baixos de inserção, com as condições de trabalho mais precárias e horizontes ocupacionais substancialmente limitados. Neste contexto, este artigo tem como objetivo aprofundar o conhecimento da situação recente do trabalho desse segmento populacional a partir de uma abordagem quantitativo-qualitativa. Por um lado, com base em dados estatísticos, será apresentado um panorama sobre as principais características assumidas pela inserção laboral dessas mulheres. Por outro lado, se procurará explorar a dimensão subjetiva da participação laboral dessas trabalhadoras. Assim, o artigo pergunta sobre: as percepções dessas mulheres em torno da gama limitada de opções de trabalho disponíveis - identificando os parâmetros utilizados para avaliar suas alternativas restritas; o significado que atribuem à experiência de trabalho remunerado - dando especial atenção ao papel desempenhado pela sua intersecção com o trabalho doméstico e de cuidado; e as expectativas futuras em termos de trabalho - levando em conta as oportunidades e obstáculos que surgem para alcançá-los.

Palavras-chave: Desigualdades, gênero, mercado de trabalho, mulheres de setores populares, Argentina.

The labor participation of women from popular sectors in Argentina: on objective characteristics and subjective experiences

Abstract

As it has been documented by the literature, patterns of segregation according to socioeconomic level and gender in the Argentine labor market (as well as in the region in general) show a marked persistence. In fact, if the female labor force participation rate is still substantially lower than that of men, low-income women are the ones who exhibit the lowest participation levels, the most precarious labor conditions, and substantially limited occupational horizons. In this framework, this article aims to deepen the knowledge of the recent labor situation of this population segment based on a quantitative-qualitative approach. On the one hand, an overview of the main characteristics of low-income women labor participation will be provided based on statistical data. On the other hand, the article seeks to explore the subjective dimension of labor participation of these female workers. Thus, it will inquire about: the perceptions of these women around the limited range of available labor options - identifying the parameters used to evaluate their restricted alternatives; the meaning they assign to the experience of paid work - paying particular attention to the role played by its intersection with domestic and care work; and their work expectations - taking into account the opportunities and obstacles to achieve them.

Keywords: Inequalities, gender, labor market, women from popular sectors, Argentina.

Data de recebimento do artigo: 22/08/2018

Data de aprovação do artigo: 18/11/2018